

# ***Dios necesita a los hombres***

El 28 de agosto de 1985, don Giussani habló en el Meeting. Esta es su intervención, redactada a partir de la transcripción de la grabación en audio (conservada en el Archivo de la Fraternidad de CL). El texto ha sido revisado por Julián Carrón

[Aplausos] Gracias, basta. Pero hacéis bien en aplaudir, porque creo en lo que digo.

## **I.**

«**El mayor peligro que puede temer la humanidad** de hoy –dice Teilhard de Chardin– no es una catástrofe que le venga de fuera, una catástrofe cósmica, no es tampoco el hambre o la peste; es, por el contrario, esa enfermedad espiritual, la más terrible porque es la más directamente humana de las calamidades, que es la pérdida del gusto de vivir»<sup>1</sup>. Cuando leí esta frase de Teilhard de Chardin me vino inmediatamente al corazón y a la memoria cómo debe nacer el interés por Cristo, cómo debe nacer en sentido histórico. Porque, como tal vez hemos reflexionado y meditado con algunos de vosotros, la gente podía ir a oírle preguntándose: «¿Qué dice este? Habla de la Trinidad, de Dios Padre, habla del infierno, del alma, de la responsabilidad del hombre...». Pero también podían hacerse otra pregunta: «¿Por qué dice esas cosas?». Dentro del corazón de la gente, esta pregunta encontraba respuesta sin que ella, la gente, fuera consciente. Inmediatamente, si uno hubiera formulado esa pregunta, le habrían respondido: «Porque ama al hombre, ¡porque tiene pasión por el hombre!».

«Él llamó a un niño, lo puso en medio y dijo: “Al que escandalice a uno de estos pequeños, más le valdría que le colgasen una piedra de molino al cuello y lo arrojasen al fondo del mar”»<sup>2</sup>; y no hablaba de causar un daño físico, porque ahí todos tienen un poco de recato, sino de hacer daño a un niño en términos morales – ahí donde nadie presta atención ni tiene precaución–, de un respeto absoluto a ese pequeño ser del que nos podríamos deshacer con una simple bofetada. O bien se acerca a un camino por el que pasa un cortejo fúnebre, una mujer llora detrás del féretro y Él pregunta: «¿Qué ha pasado?». «Es una viuda cuyo único hijo ha muerto». Da un paso adelante y dice: «Mujer, no llores»<sup>3</sup>. O cuando dice: «¿De qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?»<sup>4</sup>. Así entró en el mundo el sentido –el respeto, la veneración, el apego, el amor, la confianza, la responsabilidad– de la persona.

La persona. El amor por el hombre. Sin él no se puede entender el cristianismo. Pero tal vez nosotros tampoco comprendamos el cristianismo –aun viviéndolo, a pesar de vivirlo, a pesar de intentar vivirlo– porque no participamos de este origen. El cristianismo no nació para fundar una religión, nació como pasión por el hombre. Entonces se entiende: si Cristo hablaba del Padre, si hablaba del niño, si dirigía con especial atención su mirada al enfermo y al pobre, era porque el pobre, el niño y el enfermo eran, entre toda la gente, los más indefensos, aquellos que menos podían imponerse; y justo por ello destacaba su presencia, porque su valor era independiente de su capacidad de poder o de servicio al poder.

Una pasión por el hombre: el hombre, hijo de su madre, hijo de una mujer, el hombre concreto, como insiste siempre Juan Pablo II, reclamando a veces explícitamente esa concreción con términos inolvidables. No el hombre al estilo de Feuerbach o de Marx, sino el hombre –yo, tú–, insisto, hijo de su madre y de su padre; un amor por el hombre, una veneración por el hombre, una ternura por el hombre, una pasión por el hombre, una estima total por el hombre.

La frase de Teilhard de Chardin me recuerda una frase del Evangelio: «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud»<sup>5</sup>. Alegría. La cristiana es la única voz – perdonadme pero no exagero y aceptaré gustoso cualquier objeción–, la única voz que puede usar la palabra «alegría» sin verse obligada a olvidar o censurar algo.

## II.

**El hombre es grande** porque es relación con el Infinito. Jesús lo dice en términos bíblicos: «Sus ángeles [los ángeles custodios de los niños] están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre»<sup>6</sup>. El hombre es grande porque es relación con el Infinito. Pero una relación semejante también puede definirse con una paradoja: Dios necesita a los hombres. ¡Dios! ¿Quién no siente temor, sea cual sea la imagen que tenga de Él, quién no siente temor al usar esta palabra? Yo mucho, y de hecho rara vez uso esta palabra: Dios, este «misterio insondable», como decía Einstein tres días antes de morir al gran matemático Francesco Severi, «ese misterio insondable que subyace a toda búsqueda»<sup>7</sup>; esa «sombra que no puede separarse de nosotros», decía Whitehead, esa implicación última de la razón, la razón entendida como conciencia de la realidad según la totalidad de sus factores. «Toda la ley de la existencia humana radica en que el hombre pueda inclinarse ante lo infinitamente grande»<sup>8</sup>, decía Dostoievski.

Pero precisamente por eso, sea cual sea la forma de concebirlo –y será una fórmula que espero acordarme de usar a menudo–, eso «infinitamente grande» va ligado a nuestra existencia. Con un término dramático, la Biblia habla de «alianza», un contrato sustancial, esencial o existencial: la alianza de la creación. Eso infinitamente grande va ligado a nuestra existencia por el asombro que garantiza la emoción de una novedad sin la cual la vida sería un aburrimiento mortal –por eso Dios se impone con un atractivo sobrecogedor, el sobrecogedor atractivo de lo real, del ser–, por ese escalofrío de la razón por el que Dios aparece como la consistencia que nos mantiene sobre el abismo de la nada, por esa dependencia inevitable de los acontecimientos con los que Dios nos interpela como Destino.

Pero entonces, si está ligado a nosotros, ¿se le *puede* mencionar? Se le *debe* mencionar, en el sentido de que es imposible no hablar de Él, sea cual sea la concepción que tengamos de Él. Solo hay una manera de no hablar de Él: no pensar en Él. «Encerrado entre cosas mortales (también el cielo estrellado acabará), ¿por qué anhelo a Dios?»<sup>9</sup>. Esta pregunta apasionada de Ungaretti la pone de manifiesto Rainer Maria Rilke –permitidme que lo lea–: «Apágame los ojos y te seguiré viendo, / cierra mis oídos, y te seguiré oyendo, / sin pies te seguiré, / sin boca continuaré invocándote. / Arráncame los brazos, te estrecharé / mi corazón, como una mano. / Párame el corazón, y latirá mi mente. / Lanza mi mente al fuego / y te seguiré llevando en mi sangre. / Te acogeré, Señor, en cada gota»<sup>10</sup>.

Por esta implicación “fisiológica”, con temor y temblor, repito: Dios necesita a los hombres. Así nos lo ha revelado.

El título de la preciosa y olvidada película de Delannoy<sup>11</sup> resulta paradójico –claro está– pero es verdadero. Dios se ha hecho necesitado de los hombres por el modo en que ha actuado. Solo podemos expresarlo con esta fórmula. Tener necesidad sin que hubiera necesidad es amor, amor en toda su pureza; todos lo perciben como nostalgia porque normalmente no es una experiencia. Es gratuidad, gratuidad pura. Pues bien, Dios necesita al hombre, se ha hecho necesitado del hombre porque lo ha creado libre y, en segundo lugar, porque se ha hecho hombre, ha entrado en la historia.

Dios se ha hecho necesitado del hombre porque ha creado al hombre libre, ha hecho partícipe al hombre de Su capacidad suprema de posesión de sí, lo ha hecho partícipe de Sí. Perdonadme si vuelvo a leer, esta vez en *El misterio de los santos inocentes*, de Péguy. «Preguntad a un padre si el mejor momento / no es cuando sus hijos empiezan a amarle como hombres, / a él, como a un hombre, / libremente, / gratuitamente, / preguntad a un padre cuyos hijos están creciendo. // Preguntad a un padre si no hay una hora secreta, / un momento secreto, / y si no ocurre acaso / cuando sus hijos empiezan a hacerse hombres, / libres, / y le tratan a él como a un hombre, / libre, / preguntad a un padre cuyos hijos están creciendo. // Preguntad a un padre si no hay una elección entre todas / y si no ocurre acaso / precisamente cuando desaparece la sumisión y sus hijos hechos hombres / le quieren, (le tratan), por

así decirlo, como conocedores, / de hombre a hombre, / libremente, / gratuitamente. Le estiman así. / Preguntad a un padre si no sabe que nada vale tanto como / una mirada de hombre que se cruza con otra mirada de hombre. // Pues bien, yo soy su padre, dice Dios, y conozco la condición del hombre. / Yo soy el que la ha hecho. / No les pido demasiado. No pido más que su corazón. / Cuando tengo el corazón, todo me parece bien. No soy difícil. // Todas las sumisiones de esclavos del mundo no valen lo que una hermosa mirada de hombre libre. / O más bien todas las sumisiones de esclavos del mundo me repugnan y lo daría todo / por una bella mirada de hombre libre, / por una bella obediencia y ternura y devoción de hombre libre, / por una mirada de san Luis, / e incluso por una mirada de Joinville, / pues Joinville es menos santo pero no es menos libre // (y no es menos cristiano). // Y no es menos gratuito. // Y mi hijo murió también por Joinville. / Por esa libertad, por esa gratuidad lo he sacrificado todo, dice Dios, / por esa afición que tengo de ser amado por hombres libres, / libremente, / gratuitamente, / por verdaderos hombres, viriles, adultos, firmes. / Nobles, tiernos, pero de una ternura firme. / Para conseguir esa libertad, esa gratuidad, lo he sacrificado todo, / para crear esa libertad, esa gratuidad, / para hacer actuar esa libertad, esa gratuidad. // Para enseñarle la libertad»<sup>12</sup>.

### III.

**Pero esta capacidad** enérgica de adhesión al ser, donde reside la libertad, implica un “mecanismo” tremendo, tremendo en cuanto misterio. De hecho, Péguy lo llama «misterio de los misterios». La libertad se realiza como decisión –como opción, diría Althusser en su terrible juicio: la diferencia entre creer en la existencia de Dios y el marxismo no reside en una razón sino que es una mera opción–. ¿Decidir qué? Si aceptar o no aceptar el Ser. Cómo me gustaría poder dialogar sobre esto de una manera más inmediata, aunque solo fuera con los jóvenes, porque esta decisión se toma todas las mañanas. Cada mañana, al levantarnos, nos ponemos delante de la realidad con una mirada abierta de par en par, directa, ingenua, como un niño dispuesto a llamar al pan, pan y al vino, vino. «Que vuestro hablar sea sí, sí, no, no. Lo que pasa de ahí viene del Maligno»<sup>13</sup>, o bien nos levantamos ya con el brazo delante de la cara, precavidos, en guardia, defendiéndonos de la realidad. Aceptar o no aceptar el Ser, a la propia madre o a Dios, es lo mismo, la postura es idéntica; aceptar o no aceptar la flor o la eternidad es lo mismo, la postura es idéntica. Podemos incluso ir contra la evidencia, naturalmente poniendo pretextos. Pero poner pretextos no es solo una negación sino una mentira. Las razones y pretextos fundamentales son, en mi opinión, el dolor, en todos los sentidos, también el dolor de sentir el propio declive, y la pretensión de afirmación, la voluntad de afirmación del hombre; no de uno mismo –atención–, no del propio yo, sino del hombre, insisto, al estilo de Feuerbach. Tal vez el ejemplo más impresionante de la primera razón, el dolor del hombre, sea una famosa poesía de Montale que me permito recitar. «Quizá una mañana, caminando en un aire de vidrio, / árido, veré, volviéndome, realizarse el milagro: / la nada a mis espaldas, el vacío detrás / de mí, con un terror de borracho. // Después, como en una pantalla, se mostrarán de golpe / árboles, casas, colinas por el engaño usual. / Pero será demasiado tarde; y me iré callado / entre los hombres que no se vuelven, con mi secreto»<sup>14</sup>. Cuando leí este poema de Montale, de pronto creí comprender. Porque esta es la postura que ilumina la intuición y la experiencia mística. Esa nada de las cosas, esa percepción inmediata de la nada de las cosas, de la inconsistencia de todo, de lo efímero –decía antes–, también es el inicio de la experiencia del Ser en el que todo consiste y que sostiene todo. *Rerum Deus, tenax vigor*, «oh Señor, consistencia tenaz de todas las cosas»<sup>15</sup>. Sin embargo, esta misma experiencia puede convertirse en nihilismo. Es una pura opción. Péguy habla justamente del «misterio de los misterios»: la libertad. Indudablemente, desde un punto de vista abstracto, hay algo que Montale no explica (el error siempre está obligado a olvidar o censurar algo), porque las cosas *son*, efímeras –decir “ilusorias” ya es una valoración– pero *son*.

Mientras tanto, hay un ejemplo tremendo de la afirmación de sí –pero en la afirmación de sí está la afirmación de la libertad del hombre– en un famoso fragmento de Nietzsche en *La gaya ciencia*. «Un día el caminante cerró con fuerza una puerta tras de sí, y se paró y lloró. Luego dijo: “Esta tendencia e impulso a lo verdadero, lo real, lo no aparente, lo cierto, ¡cómo me irrita!”»<sup>16</sup>. Y no voy más allá.

Toda la imponente del misterio de la realidad, si el hombre no lo reconoce, es como la nada. «El vacío detrás / de mí». Como una nada, no porque no exista sino porque no lo reconozco. En este sentido, Tischner, comentando los poemas del papa Wojtyla, dice que para el papa Wojtyla el hombre permite a Dios ser Dios. Dios, para ser reconocido como Dios, debe esperar en cierto modo esa decisión. Pero la negación no puede dejar de corresponder, en mi opinión, a una actitud última de ira, una ira sutil o clamorosa, una afirmación feroz, sorda o patente. Pero esa ira no pone el acento en la afirmación de sí –vuelvo a insistir–, en la propia humanidad personal; pone el acento en el rechazo a algo que es dado, es el rechazo a la acción de Otro. Por eso existe un rechazo a la propia condición humana tal como es dada, un rechazo a la propia naturaleza como dada, rechazo a una gratuidad original. El acento no está –insisto– en la voluntad de afirmación de sí; extrañamente, no creo que sea ante todo orgullo; el acento no está en la voluntad de afirmación de sí: el hombre, en la concreción de su persona, el hombre como tal, se disuelve. «Quien no cree en Dios», decía Claudel en sus *Grandes odas*, «tampoco cree en el Ser, y quien odia al Ser odia su propia existencia»<sup>17</sup>.

Cuánto me gustó leer en *Un hombre* de Oriana Fallaci esta observación: «El amargo descubrimiento de que Dios no existe ha matado la palabra destino. Pero negar el destino es arrogancia, afirmar que somos los únicos artífices de nuestra existencia es una locura»<sup>18</sup>. ¡Una locura! La locura con la que Sartre decía: «Mis manos, ¿qué son mis manos? La inconmensurable distancia que me separa del mundo de los objetos y me aleja de ellos para siempre»<sup>19</sup>. Cuanto más aprietas y aferras, más percibes, más condenado estás a percibir y experimentar una lejanía: no hay ningún nexo posible. Se disuelve el yo, el yo, centro de relación y de abrazo, de afirmación y colaboración. Y esa disolución llega hasta tal punto que Moravia, en *El aburrimiento*, habla de lo absurdo de una realidad «insuficiente, incapaz de persuadirnos de la efectividad de nuestra propia existencia»<sup>20</sup>.

Qué terrible muerte la de la “razón como medida de todas las cosas”, que no acepta tomar conciencia admirada y asombrada de una realidad que no es suya, que se vuelve suya en la medida de su obediencia, de su mirada anhelante, deseosa, abierta de par en par a una continua aceptación. Hay una alternativa a la negación de Dios, hay una alternativa al rechazo de una responsabilidad frente a la pregunta, frente a la necesidad expresa que Dios tiene de nosotros. Dentro del misterio de la libertad, la alternativa al olvido y a la negación de Dios (lo leía en el breviario ayer por la mañana), dice el profeta Jeremías, es «postrarse ante los ídolos que fabricaron sus manos»<sup>21</sup>, postrarse ante algo creado por nosotros. Pero en la sociedad actual, fuertemente orgánica, con un potente mecanismo donde todo queda articulado y organizado, resulta inevitable que postrarse ante algo fabricado por nuestras propias manos acabe convirtiéndose en postrarse ante el poder. Cuanto menos conscientes seamos de ello, más sujetos estaremos a él. «Se ha conseguido hacer entender», dice el gran Nobel de poesía del año pasado Miłosz, «se ha conseguido hacer entender al hombre / que si vive es solo por la gracia de los poderosos. / Que se ocupe, pues, de tomar café y de cazar mariposas. / A quien ame la *res publica* se le cortará la mano»<sup>22</sup>.

El mal, que la filosofía y la literatura definen y describen, se refleja en nosotros, en nuestras mil acciones diarias que se ven, totalmente o en parte, arrancadas del designio del Misterio, del orden último, por el ansia de no perder una satisfacción o por el rechazo de una gratuidad. Esta negatividad, esta incapacidad de perfección es el acontecimiento existencial más trágico para el hombre consciente de sí. Siempre recuerdo a mis amigos jóvenes la expresión literaria más trágica de esta conciencia, al final del *Brand* de Ibsen, cuando aquel que toda su vida ha buscado un instante de perfección, un acto enteramente humano, erguido junto a su cabaña, mientras el trueno de la avalancha ya está a punto de llegar –avalancha que lo arrastrará en pocos segundos– grita: «Respóndeme, Dios mío, a la hora en que la muerte se apodera de mí: ¿basta toda la voluntad de un hombre para comprar un átomo de salvación?»<sup>23</sup>, es decir, un solo acto humano. Por eso siempre recuerdo con emoción, y también paradójicamente con gratitud, cuando una persona a la que estimo profundamente dijo –estábamos discutiendo sobre el pecado–: «¿Quizá sea yo el pecado?».

#### IV.

**La afirmación parece** dar un vuelco entonces: ¿es que acaso el hombre necesita a Dios para ser hombre? Como respuesta, Dios se hace hombre, se involucra. Para quien tenga un sentido muy dramático de la vida y esté muy cerca del cristianismo, le resultará mucho más fácil entenderlo. Como respuesta, Dios se hace hombre, se involucra con el hombre como un compañero real de camino, totalmente familiar, establece un diálogo inmediato, sin largos, solitarios y ambiguos espacios interpretativos. Dios se hace así necesitado del hombre en cuanto hombre. Como hombre, Dios se hace necesitado del hombre.

En este punto es donde la opción entra en juego de manera drástica y se convierte en drama histórico y tragedia del pensamiento, en el desarrollo del pensamiento. En nombre de la autonomía de la verdad humana, es decir, en nombre de su manera de concebir lo último –porque es inevitable la implicación de lo último en el dinamismo de la razón–, en nombre de la autonomía de la verdad humana, es decir, en nombre de su manera de concebir lo último, lo que nosotros llamamos «Dios», el hombre rechaza con violencia, hasta la náusea, esta presencia amorosa, esta presencia amorosa que necesita al hombre pero que le pide amarlo con toda su mente, con todo su corazón, con todas sus fuerzas, como dice el Evangelio.

Así, desde la “honestidad” de los fariseos hasta el rechazo del joven rico o el escándalo de Judas, la abolición de Cristo de la memoria que decide y guía la vida, individual y asociada, se convierte en pecado social. Es una obviedad de la cultura dominante: Cristo es un gran hombre –grande por aquí, grande por allá–; puede decirse todo salvo que Cristo sea Cristo. Esta abolición de Cristo de la memoria se convierte en pecado social y en renuncia a la categoría suprema de la razón, la categoría de la posibilidad. Es absurdo, es inconcebible, es imposible que Cristo sea Cristo. Recuerdo, en *El fin de la aventura* de Graham Greene, cuando el protagonista, “libre pensador”, va una noche a casa del amigo cuya esposa había muerto y se encuentra con el confesor de la mujer, un curilla macilento, flaco y desgarrado, al que trata de hacer aterrizar con un aluvión de invectivas contra la imagen religiosa y cristiana de la vida y del hombre. Y ese pobre curilla –daba la sensación de que iba a desaparecer bajo aquella tempestuosa andanada–, aprovechando un respiro que el artista libre pensador se toma en un momento dado, pregunta tímidamente: «¿Y no es acaso más sensato creer que *todo* puede suceder?»<sup>24</sup>. Así pues, justamente por la abolición de Cristo, por la abolición de la memoria de Cristo como Dios-hombre, se hace posible la lucidez histórica con que gran parte de la cultura moderna –no toda, gracias a Dios– reniega de Dios. Ya lo decía Nietzsche: si quitamos a Cristo, debemos quitar a Dios.

Pero Cristo es un compromiso irreversible del Misterio. Es un compromiso del Misterio con el tiempo humano. La Biblia lo llama «Alianza Eterna»<sup>25</sup>. Dios es fiel a sí mismo, Cristo desvela la naturaleza del Misterio con respecto al hombre. ¿Qué es el Misterio con respecto al hombre? Misericordia. La gratuidad inicial, original, por la que el hombre existe, se desvela completamente en su corazón, en su profundidad afectiva: es misericordia. La respuesta negativa del hombre no “resuelve” la gran cuestión del amor.

De este modo, junto al hombre, Cristo se implica con la totalidad de la existencia misma del hombre, Cristo se implica con la totalidad de mi existencia, de la existencia del hombre. ¡Qué estupor me invade cuando pienso que para el cristianismo la salvación, es decir, el sentido positivo del mundo va ligado a un punto infinitesimal que es el «sí» de una chica de 15, 16 o 17 años como mucho, que vivía en un pueblo perdido de Palestina! ¡Algo así bastaría para darme a entender su divinidad! Y, por otro lado, ¡cuando pienso que un hombre recibe un beso esa noche y exclama: «Amigo, ¿a qué vienes? Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del Hombre?»<sup>26</sup>! Cristo se implica con la existencia humana y por tanto con el juego de su libertad, según sus movimientos normales y cotidianos. Implicado con la totalidad de la existencia humana como hombre, Cristo se vuelve necesitado de cosas visibles, manipulables, que el hombre usa: el agua en el Bautismo, el óleo en la Confirmación, el pan y el vino en la Eucaristía, la palabra en la Confesión; el gesto, en definitiva.

## V.

**Pero la realidad histórica que Cristo necesita** para llevar a cumplimiento su presencia en el camino del hombre hacia su destino, la realidad histórica total que Cristo necesita totalmente es la unidad entre

todos aquellos que el Padre le ha dado, como dice el capítulo XVII de san Juan. El inicio de la unidad total de la humanidad es la unidad entre todos aquellos que el Padre le ha dado, es decir, la comunidad eclesial, ese «ambiente de la existencia redimida del hombre», como nos dijo el 29 de septiembre de 1984 Juan Pablo II. La comunidad eclesial es el «ambiente de la existencia redimida del hombre». Menciono ahora algo que luego volveré a destacar: el ambiente de la existencia redimida, y por tanto no perfecta –¡o el concepto de perfección es otra cosa!– del hombre. Un «ambiente fascinador [parece humorístico o irónico, pero no lo es: ambiente fascinador] donde cada hombre encuentra la respuesta al interrogante del significado de su vida: [es decir] Cristo, centro del cosmos y de la historia»<sup>27</sup>. Porque no hay mayor fascinación en la vida que el estallido nítido del significado. La fascinación es el atractivo de la verdad, *pulchrum splendor veri*, decía santo Tomás<sup>28</sup>. La fascinación es el atractivo de la verdad. De este modo se podría decir que el inicio cristiano no es el inicio de una religión ni tampoco de una ética, sino de una estética en cierto sentido real, pues la ética llegará como consecuencia y será un amor, consecuencia de un amor que despierta, y el amor es despertado por la belleza, que es el atractivo propio de la verdad. La comunidad eclesial es la realidad donde todos los temperamentos, todas las historias, es decir, todos los movimientos y asociaciones nacen de la única exigencia de ese significado y juntos, sin ninguna posibilidad de dominio, completándose y ayudándose mutuamente como una gran compañía apasionada, fluyen hacia una única meta: el testimonio de Cristo muerto y resucitado a toda la humanidad.

Esta comunidad eclesial es un pueblo o, como decía Pablo VI (23 de julio de 1975), «una entidad étnica *sui generis*»<sup>29</sup>; es un pueblo, un pueblo de hombres: Dios no necesita “santos”, necesita hombres. Así es como describe Eliot el camino de este pueblo en el VII Coro de la Piedra. Desde ese momento «pareció que los hombres iban a avanzar de luz en luz, en la luz de la Palabra, / a través de la Pasión y el Sacrificio salvados a pesar de su ser negativo; / bestiales como siempre, camales, buscándose a sí mismos como siempre, egoístas y cegatos como siempre, / pero siempre luchando, siempre reafirmando, siempre reanudando la marcha por el camino iluminado por la luz; / a menudo deteniéndose, vagueando, perdiéndose, retardándose, volviendo, pero sin seguir otro camino»<sup>30</sup>. Esto es lo que Cristo ha introducido en nuestra vida al hacerse compañero nuestro: la vida humana, la dignidad de la vida del hombre, la dignidad de la libertad como tensión al Infinito. Si el hombre es relación con el Infinito, la única dinámica digna es la tensión hacia él. Como un niño que, después de nacer, debe aprender a caminar y se cae mil veces, y mil veces vuelve a levantarse, pero todo en él es tensión hacia el camino y hacia la vida.

Eliot continúa: «Pero parece que ha pasado algo que no había pasado nunca: aunque no sabemos bien cuándo, ni por qué, ni cómo, ni dónde. / Los hombres han dejado a DIOS no por otros dioses, dicen, sino por ningún dios; y eso no había ocurrido nunca / que los hombres a la vez negasen a los dioses y adorasen a dioses, profesando primero la Razón, / y luego el Dinero, y el Poder, y lo que llaman Vida, o Raza, o Dialéctica. / La Iglesia renegada, la torre derribada, las campanas volcadas, ¿qué tenemos que hacer? [...] Estéril y vacío. Estéril y vacío [porque estéril y vacío es el mundo donde no se busca un significado]. Y tiniebla sobre la faz de lo profundo. // ¿Ha fallado la Iglesia a la humanidad, o la humanidad ha fallado a la Iglesia? [Las dos cosas] / Cuando a la Iglesia ni se la considera ya, ni se oponen siquiera a ella, y los hombres han olvidado / a todos los dioses excepto la Usura, la Lujuria y el Poder»<sup>31</sup>.

El dios del hombre es lo que el hombre es; lo que el hombre es, es su dios. Pero el hombre no es lujuria, dinero y poder. Estos dinamismos pretenden continuamente definir al hombre, y el hombre puede llegar a ser, sobre todo teóricamente, su esclavo, su prisionero; pero el hombre está definido por algo más – ¡más!–, donde las cuentas no cuadran. A pesar de todo, a pesar de estar continuamente atravesados por el hambre y la sed de lujuria, dinero y poder, afirmar este “más”, tender a este “más”, vivir esta lucha y, con toda nuestra fragilidad, mendigar como pobres a lo largo del camino, esa es la manera humana de vivir la gratuidad, es decir, de vivir nuestra verdadera naturaleza, imagen de Dios, de vivir esa relación con el Infinito, creador por gracia. Esa capacidad de gratuidad, ese impulso que va más allá de cualquier cálculo, hacia algo «infinitamente grande» que nos da la existencia y que se ha hecho necesitado de

nuestra existencia, esa capacidad de gratuidad, ese impulso es la prueba de la vida. «He venido para que tengan vida y la tengan abundante»<sup>32</sup>, una vida que no se vea obligada a olvidar o censurar nada.

## VI.

**Permitidme citar este fragmento** del *Diario* de Kierkegaard: «La relación de negatividad polémica –que el paganismo interponía entre la vida futura y la existencia presente– está bien representada por las imágenes de las almas que, antes de alcanzar los Campos Elíseos, cumplían la obligación de beber agua del [río] Leteo»<sup>33</sup>. Para entrar en su paraíso, los paganos creían que las almas, pensaban que las almas debían beber antes el agua del río Leteo (palabra griega que quiere decir «olvidar»): para ser felices en el más allá, en los Campos Elíseos, había que olvidarlo todo. Pero –que me perdonen– esta es la norma de cualquier ideología, teorizada o implícita en la forma de vivir. El cristianismo, en cambio, enseña que debemos ser conscientes de que incluso una palabra dicha en broma tiene un valor eterno. Eso implica, entre otras cosas, la presencia total de nuestro pasado, aunque otro Leteo deba quitarnos el dolor lacerante; y ese otro Leteo es la misericordia, es el cambio profundo, la conversión profunda del significado de mi propio mal. Nada, nada queda fuera. Dice el Evangelio: «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados»<sup>34</sup>. Una vida que cada vez es más ella misma, es decir, cada vez más vida, como decía san Agustín: la vida no debe ser literalmente el paso de la juventud a la vejez, sino una juventud que crece cada vez más. Eso que san Agustín definía por propia experiencia nos lo testimonia una gran poetisa septuagenaria, hoy naturalmente olvidada, Ada Negri, en su bellísima poesía *Mi juventud*: «No te he perdido. Te has quedado, en el fondo de mi ser. Eres tú, pero otra eres; sin fronda ni flor, sin la risa brillante que tenías en el tiempo que no vuelve, sin aquel canto. Otra eres, más bella. Amas, y no esperas ser amada: ante cada flor que se abre, o fruto que madura, o párvulo que nace, al Dios de los campos y las estirpes das gracias en tu corazón»<sup>35</sup>. No amas la flor porque la arrancas para olerla, sino porque existe; no amas el fruto porque lo pruebas, sino porque existe; no amas al niño porque es tuyo, sino porque existe. Eso es la gratuidad en la vida cotidiana, que resplandece en tu mirada hacia el que tienes cerca, y resplandece en tu pensamiento y en tu dolor por gente desconocida que vive lejos.

¡Es el resplandor de la misión! En el fondo, el cristianismo cumple verdaderamente la imagen que describe Víctor Hugo en un precioso fragmento de *Les contemplations*, titulado *El ermitaño*<sup>36</sup>. Se imagina a ese ermitaño que se levanta temprano, al alba, y a la luz de una vela se dispone a leer y meditar su texto. Y a medida que lee, el sol se eleva y crece, y así, al mismo tiempo, la luz se abre paso en su alma. No se pasa de la juventud a la vejez, la juventud debe crecer siempre.

No os fieis del amor: es el último recuerdo que Paul Valéry deja a sus amigos. «Nosotros hemos creído en el amor» es el mensaje de san Juan. «Sé perfectamente que [Dios] no me ama. ¿Cómo podría amarme? Y sin embargo, en el fondo de mí, algo, un punto de mí misma, no puede dejar de pensar, temblando de miedo, que quizá, a pesar de todo, me ama» (primer cuaderno de Simone Weil)<sup>37</sup>. Esto es lo que nuestra humanidad no puede dejar de documentar, por poca pureza que mantenga.

Hay un único delito real; hay un único delito real: el olvido, el olvido de Dios que ha necesitado de nosotros, que necesita de nosotros. El olvido, ese es el delito. «Siento que el barco mío», dice el gran poeta español Juan Ramón Jiménez, «siento que el barco mío / ha tropezado, allá en el fondo, / con algo grande». Nuestro barco, que navega por el océano de la vida o por el mar de la vida, ha tropezado, allá en el fondo, con algo grande: Dios presente. «¡Y nada / sucede! Nada... Quietud... Olas... [todo igual que antes]. / ¿Nada sucede; o es que ha sucedido todo, / y estamos ya, tranquilos, en lo nuevo?»<sup>38</sup>. ¿Ya nos hemos resignado, como si no hubiera pasado?

¡Deseo para mí y para vosotros que nunca estemos tranquilos, que no estemos tranquilos nunca más!

Gracias.

## Notas:

- 1 Cf. P. Teilhard de Chardin, *El fenómeno humano*, Taurus, Madrid 1965, pp. 279.
- 2 Cf. Mt 18,2-6.
- 3 Lc 7,13.
- 4 Cf. Mt 16,26; Mc 8,36-37.
- 5 Jn 15,11.
- 6 Mt 18,10.
- 7 Cf. F. Severi, *Scoppiò cinquant'anni fa la «rivoluzione» di Einstein*, en «Corriere della Sera», 20 de abril de 1955, p. 3.
- 8 Cf. F. Dostoyevski, *Los demonios*, Alianza, Madrid 2007, p. 813.
- 9 G. Ungaretti, «Condena», en *Vita d'un uomo. Tutte le poesie*, Mondadori, Milán 1992, p. 35.
- 10 R.M. Rilke, «Apágame los ojos y te seguiré viendo», en *Cuarenta y nueve poemas*, Trotta, Madrid 2010, p. 59.
- 11 J. Delannoy, *Dios necesita a los hombres* (Título original: *Dieu a besoin des hommes*; Francia-1950).
- 12 Ch. Péguy, «El misterio de los santos inocentes», en *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 418-419.
- 13 Mt 5,37.
- 14 E. Montale, «Quizá una mañana caminando en un aire de vidrio...», *Huesos de sepia*, en L. Giussani, *Mis lecturas*, Encuentro, Madrid 2020, p. 92.
- 15 «*Rerum Deus, tenax vigor, immotus in Te permanens, lucis diuturnae tempora successibus determinans...* » (Himno de la Hora Media, Nona, en *Messale ambrosiano. Dalla XVIII alla XXXII settimana del Tempo Ordinario*, Marietti, Milán 1984, vol. V, p. 47).
- 16 Cf. F. Nietzsche, *La gaya ciencia*, Akal, Madrid 2009, p. 226.
- 17 «Qui ne croit plus en Dieu, il ne croit plus en l'Être, et qui hait l'Être, il hait sa propre existence» (P. Claudel, «Troisième Ode - Magnificat», en *Cinq grandes odes. Suivies d'un processionnal pour saluer le siècle nouveau*, Éditions de la Nouvelle Revue Française, 35 & 37, Paris 1913, p. 92).
- 18 O. Fallaci, *Un uomo*, Rizzoli, Milán 1979, p. 151.
- 19 Cf. J.-P. Sartre, *La náusea*, Alianza, Madrid 1996.
- 20 Cf. A. Moravia, *La noia*, en *Opere complete*, Bompiani, Milán 1976, p. 483.
- 21 Jer 1,16.
- 22 C. Miłosz, «Consigli», vv. 18-21, en Id., *Poesie*, Adelphi, Milán 1983, p. 116.
- 23 H. Ibsen, *Brand*, Encuentro, Madrid 1996, p. 164.
- 24 Cf. G. Greene, *El fin de la aventura*, RBA, Barcelona 1995, p. 236.
- 25 Sal 105,10.
- 26 Cf. Mt 26,50.
- 27 Juan Pablo II, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación en el XXX aniversario de su fundación*, 29 de septiembre de 1984, 1.
- 28 «La belleza es el resplandor de lo verdadero» (Santo Tomás de Aquino, *Scriptum super sententiis*, I, d. 3, q. 2, art. 3.).
- 29 Pablo VI, *Audiencia general*, 23 de julio de 1975.
- 30 T.S. Eliot, «Coros de "La Piedra"», en *Poesías reunidas 1909/1962*, Alianza, Madrid 2018, p. 182.
- 31 *Ibidem*, pp. 182-183.
- 32 Jn 10,10.
- 33 S. Kierkegaard, *Diario. I (1834-1849)*, Morcelliana, Brescia 1962, p. 359.
- 34 Cf. Lc 12,7.
- 35 A. Negri, «Mi juventud», en *El agua pura de mi pobreza*, Encuentro, Madrid 2021, p. 97.
- 36 Cf. V. Hugo, «Heureux l'homme, occupé de l'éternel destin», en Id., *Les contemplations*, Garnier Frères, Paris 1969, p. 61.
- 37 S. Weil, *El conocimiento sobrenatural*, Trotta, Madrid 2003, pp. 11-12.



